

## **Los adolescentes y la violencia**

Autora: Lic. Susana Tesone

Invitada a escribir sobre *Violencia y adolescencia*, la sugerencia del Dr. J. Vukasovic de que imaginara una charla con padres de adolescentes fue un útil disparador de pensamientos y reflexiones.

Antes que nada me interesa hacer una distinción: generalmente tendemos a describir 'la' violencia como un sustantivo, un objeto, algo que está por fuera de nosotros y por lo tanto nos es ajena. A mí gusta referirme a la violencia como verbo, de modo de incorporarla como una acción, de la que podemos ser capaces todos nosotros: yo violento, tú violentas, él violenta, nosotros violentamos, vosotros violentáis, ellos violentan. Ello nos permite incluirnos, implicarnos, involucrarnos como parte indispensable en su reproducción, de maneras naturalizadas y por lo tanto, invisibilizadas. Estoy convencida de que estamos necesariamente incluidos e implicados en circuitos de violencia que nos construyen y nos atraviesan. Y que en todo caso es una permanente elección sustraernos a ellos, desanestesiarnos, permitirnos ser vulnerables, ser afectados por lo que nos pasa y lo que les pasa a otros.

Cuando digo que nos construyen y atraviesan me refiero a que hombres y mujeres formamos parte de y fuimos y somos socializados en una matriz cultural que promueve valores patriarcales de jerarquía, subordinación y autoritarismo. Valores que llevamos inscriptos y que son considerados como naturales y universales, prescindiendo de la dimensión histórico social en la que fueron contruidos por la cultura. Esa matriz utiliza una lógica polarizada que divide al mundo en polos opuestos y antagónicos (bien/mal, violento/pacífico, normal/anormal, sano/enfermo, hombre dominante/mujer sumisa, hombre poderoso/mujer débil) y produce contextos favorecedores de reproducción de violencia, cuando la tensión/grieta que se produce entre los polos hace posible su aparición e instalación.

Las creencias derivadas de estos valores llevan a la construcción de una realidad donde la prescripción de los roles asignados a los hombres y a las mujeres que hace la cultura - y que son transmitidos y reproducidos automáticamente de generación en generación, a través de los medios de comunicación, el cine, las canciones, la publicidad, las tecnologías actuales, etc. -, facilita la instalación y reproducción de circuitos violentos.

Ahora bien, imbuidos de esos valores naturalizados, y entrenados en prescindir de los contextos históricos y sociales que dan lugar a la aparición de las diferentes conductas, los padres de hoy están siendo llevados a no registrar su propio sentido común, sus capacidades de ejercicio de autoridad y adultez, aún cuando a veces vean a sus hijos marchar hacia el abismo de las acciones impulsivas. La progresiva y cada vez mayor especialización que se ha registrado en los últimos años en las áreas de las ciencias sociales y médicas, ha producido una especie de vaciamiento de los recursos de cada uno de nosotros como adultos responsables y hemos aprendido a creer que no somos capaces de resolver los problemas o las dificultades de la convivencia con nuestros hijos, nuestras parejas, nuestros alumnos, si no recurrimos exclusivamente a los especialistas que suponemos son los únicos capacitados para hacerlo. Esto ha llevado por un lado a una cada vez más alarmante patologización de los temas humanos, a una mirada que pone énfasis en - y creo que esto se deriva de la preeminencia del modelo médico sobre el resto de las ciencias sociales - la patología, el déficit, lo que supuestamente falta, en lugar de estimularnos y ayudarnos a visualizar los recursos y las posibilidades que tenemos como personas.

Esto, junto con el brutal cambio que ha significado para nuestras cabezas y nuestras vidas cotidianas el fenómeno de la globalización, **ha terminado por impedir o dificultar muchísimo que los padres se instalen como adultos en un lugar de legítima autoridad, sin miedo a ser tildados de autoritarios.** Como también, y por ello mismo, a criticar y ver como autoritaria cualquier medida de límite que pretenda ejercer otro adulto sobre sus hijos, y me refiero específicamente a los maestros/as y profesores/as, que al presente han quedado sin herramientas que los ayuden a ejercerla.

Uno de los fenómenos característicos que se da en los circuitos donde está instalada la violencia es el de la **anestesia**. En lo personal o individual se instala como un mecanismo de defensa que ayuda a soportar el dolor de la victimización, la humillación y el maltrato. En lo grupal/social se da de la misma manera. Es tal el monto de violencia de la que somos testigos directa o indirectamente, a través de los diarios, de la televisión, del cine, en nuestros lugares de trabajo, en las instituciones, en la política, que nos vamos insensibilizando progresivamente y convenciéndonos de que tal vez no

sea para tanto. Nos vamos aislando, recluyéndonos en círculos cada vez más estrechos, más íntimos, idealmente más protectores. Sin embargo el proceso no es inocuo. Este aislamiento impide la aparición de un pensamiento crítico que lleve a crear – aunque están empezando a aparecer – redes comunitarias que ayuden a enfrentar junto con otros padres esta problemática y a exigir al estado la implementación de políticas sociales de cumplimiento efectivo que impidan que la responsabilidad total por esta realidad recaiga sobre las familias y permanezca en el ámbito de lo privado.

¿Qué les diría hoy a los padres de adolescentes?

- Que por lo expuesto, es obvio que vivimos en una sociedad estructuralmente violenta.
- Que sin que ellos pudieran registrarlo y prepararse para afrontarlo, un cambio radical de valores se produjo en el mundo globalizado.
- Que los códigos en los que ellos fueron criados – algunos revisados y criticados - y que pretendieron transmitir a sus hijos no tienen puntos de contacto con los códigos que el contexto socio-económico e histórico actual impone a los adolescentes para consumo indiscriminado.
- Que existen poderosísimos intereses económicos vinculados con el consumo de alcohol y droga que están influyendo en todos los hábitos de la vida cotidiana de nuestros adolescentes para hacerles creer que estos hábitos son naturales y propios de la adolescencia.
- Que desde los 90' el consumo de alcohol en los adolescentes – especialmente de cerveza – se quintuplicó gracias a esas mismas campañas.
- Que han venido siendo incitados, y continúan siéndolo cada vez más, a tomar como parte de la 'cultura adolescente' hábitos y modos de vida de sus hijos 'naturalizados' intencionadamente por esos mismos intereses, con el fin de lograr anestesiarnos.

- Que anestesiarlos es el paso previo necesario para que se resignen a que sus hijos sean considerados 'carne de cañón'.

A lo largo de los años he acumulado una vasta experiencia en el trabajo con padres de adolescentes y, más específicamente aún, en el área de adicciones. Por ello tengo la oportunidad de escuchar el testimonio de adolescentes en proceso de rehabilitación - que por la etapa del tratamiento en que se encuentran comienzan a ser autorizados a salir a bailar -, y que por primera vez observan todo sobrios y sin ninguna sustancia encima. La mayoría absoluta expresa su desilusión por todo lo que ven: chicos y chicas alcoholizados/as, vomitando, totalmente "dados/as vuelta".

La anestesia de los padres es también el objetivo de estos intereses. La recomendación sería: Si sus hijos necesitan cargarse sustancias – primero alcohol y luego algo que los siga estimulando – pregúntense por qué las necesita. ¿Qué les está pasando para que crean que sólo si toman o se drogan pueden relacionarse?

El mensaje es: "si no estás con muchas cosas encima no te vas a divertir". Lo sorprendente es que estos adolescentes descubren que sí pueden divertirse sin drogas ni alcohol. Y lo más sorprendente para los padres es descubrir que cuando aprenden a poner un límite desde el convencimiento y la seguridad de su decisión protectora, son creídos, tomados en cuenta y hasta obedecidos por sus hijos, los mismos hijos que antes los desafiaban y descalificaban su autoridad.

Animarnos a enfrentar nuestras propias dificultades, errores, miedos, implica exponernos, reconocer que no somos perfectos. Reconocer nuestras limitaciones puede resultar un gran ejemplo para nuestros hijos. Y nunca es tarde para empezar a hacerlo.

### **Algunos de los obstáculos que dificultan el animarse a hacerlo**

Teniendo en cuenta todo lo desarrollado hasta aquí, las dificultades que enfrentan los padres tienen que ver a mi criterio con:

- Resignarse y aceptar.
- Una retirada de su lugar de adultos que tiene que ver con una crisis de la adultez.
- Pretender ser amigos y 'compinches' de sus hijos, sin tener en cuenta que existe una diferencia generacional, lo que implica una jerarquía funcional útil y necesaria.
- Creer que si no lo son sus hijos no los van a querer.
- Tener la ilusión de que deben evitar los conflictos con sus hijos.
- Creer que postergar un conflicto con un sí fácil no acarreará consecuencias para el futuro.

### **Sugerencias finales**

- Un NO a tiempo puede parecer difícil de sostener en el momento, pero es una gran inversión a futuro en términos de tranquilidad y posibilidad de crecimiento para los hijos.
- Las dificultades que tienen los adolescentes para diferenciarse y poder sostener un NO antes sus pares también están relacionadas con las dificultades de los padres para decir NO y poder sostenerlo.
- Ver llegar a un hijo adolescente alcoholizado todos los fines de semana y suponer que eso es parte de la 'cultura adolescente' pone en evidencia las anestias personales fomentadas por el contexto actual del mercado del alcohol y las drogas.
- Siempre se está a tiempo de retomar las riendas de nuestras propias vidas y de las de los seres que amamos y que todavía dependen en gran medida de nosotros.

## **A modo de conclusión**

Salirse de las lógicas que favorecen la violencia supone un verdadero esfuerzo, un palo en la rueda de los automáticos, de lo naturalizado. Implica un proceso político que es personal. Requiere de una actitud de resistencia cultural, de rebeldía en el mejor sentido de la palabra, en el más vital y humano, de deconstrucción de los mandatos culturales que nos dejan anclados a lugares fijos. Y para eso debemos prestarle atención al malestar, a lo que nos hace ruido, a lo que se resiste a entrar en el automático. Es ahí cuando debemos detenernos para activar nuestro propio pensamiento, cuando nos escuchamos, cuando nos permitimos el 'itinerario propio', cuando nos sentimos afectados, cuando nos dejamos afectar y desde allí reflexionamos para actuar según lo que queremos construir.